

NÁPOLES: EL DESAFÍO DEL “CIPPO” Y LA CIUDAD EN LA VENTANA

Luca ROSSOMANDO

“La sfida del cippo e la città alla finestra”,
Repubblica Napoli, 15/1/2013.

Los esfuerzos frenéticos de un grupo de niños para robar el árbol de Navidad instalado por un rico comerciante en la Galleria Umberto, se convirtieron en un refrán de las pasadas fiestas navideñas. Como cada año, el gran abeto de la Galleria ha sido el blanco de las pandillas que recogen la leña para el *cippo di Sant'Antonio*: cada 17 de enero, para celebrar lo que queda de una antigua tradición popular, en muchos barrios se encienden hogueras – de forma más o menos indiscriminada, en las plazas o descampados en medio de los edificios. Pandillas de niños, poco menos que adolescentes, recogen los cadáveres de los viejos muebles o los abetos de Navidad abandonados, y los esconden en algún terreno baldío para evitar que las pandillas de los otros barrios se hagan con ellos.

En el centro histórico, el abeto conocido como la “bestia” de la Galleria, es la presa más codiciada. Esta vez, por miedo que alguien más fuera más rápido, una pandilla ha pasado a la acción apenas pocas horas después que el árbol fuera instalado en medio de la Galleria. El robo, documentado por las cámaras de vigilancia, ha provocado un gran escándalo. El día después, una patrulla de carabinieri ha encontrado el rehén en un cruce de los Quartieri Spagnoli, y lo ha rescatado con la ayuda de un equipo de trabajadores. Después de las fiestas, una decena de chavales (¿siempre los mismos? ¿Unos otros?) han vuelto a intentarlo; mientras tanto, pero, habían amarrado el árbol tan bien que todos los intentos para tumbarlo fueron inútiles. La noche siguiente esos terribles menores lo intentaron de nuevo, pero una patrulla de agentes los fugaron.

Podemos apostar que los ataques seguirán hasta el 17 de enero. El resultado de este desafío sigue incierto. O es quizás el desafío mismo – alimentada en la red por los partidarios del decoro urbano, contrapuesto a los que se ríen de los buenos sentimientos navideños – lo que resulta casi surreal; si se toma demasiado al pie de la letra, resulta incluso engañoso. Las pandillas que recogen leña para quemar en el día de Sant'Antonio están formadas por chavales interesados sólo a conseguir el árbol más grande, el que hará el fuego más grande, si necesario pisando cualquier obstáculo, en la que para sus ojos es una aventura de calle que se trasmite de una generación a la otra. Hay quiénes los miran con simpatía, porque con su insolencia desenmascaran la hipocresía de una celebración ya vacía de significado. En otros, desencadenan la intolerancia, porque evocan, en perspectiva, e comportamiento agresivo y prevaricador de sus homólogos adultos.

La ciudad virtual, casi por un reflejo condicionado, parece obligada a tomar partido, a posicionarse a favor o en contra, insistiendo en juicios y comentarios. La ciudad real, en cambio, brilla por su ausencia. Únicas testigos de los hechos, las inmutables cámaras de vigilancia que graban las travesuras nocturnas de los chavales y los gestos groseros y caretas con que se burlan del ojo electrónico – y de nosotros mismos, que a través de ese ojo los observamos en transmisión diferida. Los únicos interlocutores de carne y huesos con qué entran en contacto son los agentes de policía. No parece que haya figuras mediadoras, que intenten dialogar, buscar una negociación razonable.

Ausentes los padres, casi por definición, pero invisibles también estos miembros de las familias o de los barrios que hace tiempo sustituían, con sus palabras o su presencia, los precarios vínculos de parentesco cercano; son ya lejanas también esas figuras “profesionales” que conectan la calle, la familia y la escuela: en un pasado reciente se había conquistado, con tenacidad y creatividad, una autoridad, un lenguaje común, una posibilidad de ser escuchados; pero hoy se han esfumado con la decadencia del estado social.

Son niños solos, en todos los sentidos, aquellos que se mueven en horas tardías entre los mármoles de la Galleria desierta. Una nota desafinada en el coro ordenado del consumo navideño, pero es una disonancia que no produce otros sonidos. Su desfachadez no tiene futuro. Su peligrosa libertad, esa manera de explorar la ciudad con curiosidad salvaje, de usar sus elementos sin miramientos, en realidad dura muy poco tiempo. La curiosidad rápidamente se convierte en pereza. La falta de miramientos, en arrogancia. La libertad de movimiento, en falta de límites. El espíritu de grupo, en prevaricación y violencia. La rabia, la irritación que provocan, no son sentimientos constructivos. No hay nada en ellos que pueda ser útil. Sirven para exorcizar, pero no protegen. La intervención de los carabinieri o de los servicios sociales no solucionará el problema, se limitará a marcar su evolución, sus etapas. A delinear las fronteras del gueto. Pero si no queremos resignarnos a una ciudad dividida en dos, colgando en el borde del desprecio y del miedo, no podemos tampoco quedarnos en animarlos desde lejos, desde detrás de una pantalla.

<http://napolimonitor.it/2014/01/16/24309/la-sfida-del-cippo-e-la-citta-alla-finestra.html>

Traducción: Perifèries Urbanes